

y en caso de minoría al Consejo real, el cuidado de resolver soberanamente cuándo habrá «necesidad» y, por lo tanto, el derecho de decidir si debe consultarse al papa para la exacción de las décimas consentidas por los preladados. La bula *Etsi de statu*, de 31 de julio, contiene la renuncia formal á las pretensiones expuestas, para la defensa de los bienes eclesiásticos contra la arbitrariedad de los reyes, en la decretal *Clericis laicos*. Es el triunfo completo de las teorías realistas, y viene acompañado de una lluvia de favores espirituales y temporales que, desde Roma, se esparrama á raudales sobre Felipe y sus consejeros, tan rudamente estigmatizados poco tiempo antes. Felipe obtiene la mitad de los legados hechos diez años atrás para el socorro de la Tierra Santa, la primera anualidad de las rentas de los beneficios vacantes, etc. Bonifacio, que informa al rey del estado de su salud y recuerda con enternecimiento el tiempo de su residencia en París, pronuncia solemnemente, en el mes de agosto, la canonización de San Luis; permite encarcelar de oficio á los clérigos que traicionasen «los secretos del reino de Francia, tratasen de hacerle daño y fomentasen disturbios;» delega al arzobispo de Narbona y á los obispos de Dol y de Auxerre la facultad de instituir, en nombre del rey, un canónigo en todas las iglesias catedrales y colegiadas de Francia. A «nuestro querido hijo, hombre noble, Pedro Flote, familiar de nuestro muy querido hijo Felipe,» le concede, «por sus méritos,» el derecho lucrativo de conferir oficios de tabeliones en nombre de la autoridad apostólica.

El papa, derrotado en Francia, derrotado en Inglaterra (donde la constitución *Clericis laicos* no tuvo mejor éxito que en el continente), sufrió también otras humillaciones. A ejemplo de sus predecesores, nombrados árbitros de las querellas entre cristianos, se había ocupado de restablecer la paz entre Francia é Inglaterra. Ahora bien, Felipe no aceptó su intervención más que con reservas. En 20 de abril de 1297, en Creil, los cardenales de Albano y de Preneste se presentaron á la corte de Francia: Bonifacio había resuelto obligar á los dos reyes beligerantes á que concertaran bajo sus auspicios una tregua hasta el día de San Juan de 1298. Felipe, antes de autorizar á los legados para que
1298 leyesen las letras pontificias, hizo declarar expresamente que «el gobierno del reino pertenecía al rey y solamente á él; que en este punto no reconocía superior, y que no estaba sometido á ningún hombre viviente en lo relativo á las cosas temporales.» En junio de 1298, los representantes del rey de Francia no aceptaron el arbitraje de Bonifacio más que con la condición de que dicho Bonifacio obraría en aquel asunto, no como soberano pontífice, sino como persona privada, como «Benito Gaetani.» Para colmo, aunque los franceses no le tuviesen ningún miramiento, les dejó durante muchos años, á contar desde el verano de 1297, que tuviesen vara alta en la curia romana. Su voluntad de complacerles fué evidente en aquella época. Las sentencias arbitrales que pronunció en 1298 son muy parciales en favor de los franceses: «Señor, escribía desde Italia, en febrero de 1299, un enviado del conde de Flandes; el rey de Francia ha pervertido de tal manera la corte, que apenas se encuentra nadie que se atreva á decir de él más que alabanzas...»

Esta extrema condescendencia de un papa tan altivo y esta inteligencia cordial, prolongadas durante muchos años después de un descalabro estrepitoso, se explican por los apuros financieros y políticos de la Santa Sede.

Bonifacio estaba entonces metido á fondo en el avispero de las querellas italianas. Tenía encima dos guerras, dos «cruzadas» contra los aragoneses de Sicilia y contra los Colonna.

La familia de los Colonna, poderosa en el antiguo país de los Hérnicos, aliada á los Conti de la Campania romana, á los Annibaldi de la Marítima, á los señores de los alrededores de Anagni, de Alatri y de Ferentino, estaba representada en el Sacro Colegio, al advenimiento de Bonifacio VIII, por Jaime y Pedro Colonna, tío y sobrino. Estos cardenales, favoritos de Nicolás IV y de Celestino V, habían, como los Orsini, votado por Benito en 1294: los Gaetani eran sus clientes. Pero Bonifacio hizo saber que todas las gracias concedidas por Celestino serían revisadas, y reservó sus mercedes á las gentes de Todi y de Anagni y á su propia familia, á la que colmó de favores á expensas de los Colonna. De ahí se siguió una *vendetta*. En 29 de abril de 1297, Pedro Gaetani, el nuevo conde de Caserta, compró en Roma, por 17.000 florines, una parte de los dominios de los Annibaldi en la Marítima, que codiciaban los Colonna. En 2 de mayo, Esteban Colonna, hermano del cardenal Pedro, se puso en acecho en la Vía Apia, se apoderó del tesoro pontificio que se llevaba de Anagni á Roma para pagar dicha compra y se la llevó al castillo de Palestrina. Algunos días después Bonifacio arengó al pueblo romano, reunido en el atrio de San Pedro, contra la casta de los Colonna: «La Iglesia, dijo, ha engordado su insolencia. ¡Qué atentado el suyo! Atroz, muy atroz, por razón del lugar y de la persona: del lugar, porque fué á las puertas de Roma donde Esteban Colonna robó nuestro tesoro; de la persona, porque la injuria se infligió, tanto como á nos, al pueblo romano. Se ha hecho violencia al papa. ¿Qué esperáis? Dios nos es testigo de que no echamos de menos el dinero robado, pero si lleváramos la paciencia, ó mejor dicho, la negligencia hasta dejar impune un tal escándalo, no habría nadie que vacilara en decirnos: «¡Pretendéis juzgar á los reyes y no os atrevéis á atacar á los gusanillos!» Recordó los crímenes de los dos cardenales: «Pedro ha sido el jefe de los gibelinos y de los perseguidores de la Iglesia; él es, y lo sabemos por las confidencias de los preladados, de los reyes y de los príncipes, y por sus cartas, quien ha impulsado á los aragoneses á rebelarse contra la Iglesia. El cardenal Jaime es quien prolongó tanto tiempo la vacante de la Santa Sede en Perusa, lo cual fué causa de desórdenes y de homicidios innumerables. Los dos han ocupado y sustraído á la Iglesia romana tierras que le pertenecían. El orgullo ha causado su pérdida, como la de los ángeles malos, y su caída les enseñará que el pontífice romano, cuyo nombre es conocido en toda la tierra, es el único superior á todos.» Por su parte, los cardenales Colonna redactaron un manifiesto, que fecharon en el castillo de Longhezza: «Benito Gaetani, decían en aquel manifiesto, que pretende ser pontífice romano, exclamó el otro día: «Por fin, yo quiero saber si soy el papa, sí ó no.» Respecto á este punto, estamos en el caso de contestarle. No, no sois el papa legítimo, y rogamos al Sacro Colegio que dé consejo y

ponga remedio á esta irregularidad.» Celestino V no tenía el derecho de abdicar. «Es preciso trabajar para la convocación de un concilio que provea á la salud de la Iglesia, amenazada por las empresas de un tirano.» Este acto de denuncia y de apelación, refrendado por franciscanos del matiz de Jacopone de Todi, y por los hijos de un antiguo funcionario judicial de Federico II, Tomás y Ricardo de Montenero, se fijó en las puertas de las iglesias de Roma y se colocó sobre el altar de San Pedro. El día de la Ascensión (23 de mayo), se publicó la sentencia de Bonifacio, con la aprobación del Sacro Colegio: en ella se destituía á los dos cardenales como cismáticos y blasfemadores; se confiscaban sus bienes, y los de Agapito, de Esteban y de Jaime, apodado *Sciarra*, hijo de Juan Colonna; todos quedaban excomulgados y proscritos de la cristiandad.

Para Bonifacio, que en el preámbulo de la bula *Ineffabilis amor* había sentado con tanta altivez el principio de la soberanía de la Iglesia sobre todos los pueblos, era una empresa difícil imponer por la fuerza la voluntad de la Iglesia á la familia Colonna. Los vasallos y servidores asalariados de los Orsini, enemigos de Colonna, eran su principal recurso. Pero los Colonna, casi inexpugnables en sus dominios hereditarios, gestionaban por su parte alianzas más temibles. En el mes de junio enviaron una memoria justificativa de su conducta á la Universidad de París, cuyos maestros, que estaban todavía bajo la impresión de un virulento apóstrofe con que en 1290 les había obsequiado Benito Gaetani, en su calidad de legado, acababan de redactar un informe sobre el caso de Celestino. Tomás de Montenero, archidiacono de Ruan, fué el encargado de recordar al rey de Francia que los Colonna habían obrado de conformidad con la consulta de los profesores de París; y que precisamente por defender el honor del rey contra Bonifacio los dos cardenales se habían atraído el odio de éste. Dicho emisario se encontró, como por casualidad, en Toscana con una embajada francesa que se dirigía á Roma. Pedro Flote, jefe de esta embajada, dejó comprender al emisario de los Colonna que el rey estaba á punto de declararse también contra Bonifacio. La noticia se propagó en seguida; Bonifacio la supo; Pedro Flote ya contaba con ello. No hay duda de que el papa acogió entonces á los enviados y las peticiones del rey de Francia con una solicitud tanto mayor cuanto más vivo era su recelo de una alianza entre Felipe y los Colonna. Pedro Flote obtuvo así, por una especie de estafa, la canonización de San Luis, la bula *Etsi de statu* y todas las otras letras pontificias, fechadas en julio y agosto, que desde Orvieto llevó á Francia. En cuanto á los Colonna, quedaron abandonados: «Pedro Flote, dice amargamente el cardenal Pedro, les hizo saber que antes de su partida su asunto se arreglaría honrosamente. En la iglesia de los Hermanos Menores de Orvieto hubo palabras de reconciliación entre el rey y Bonifacio; después se proclamó que los cardenales Colonna, los otros Colonna y sus partidarios eran heréticos y traidores...» Hacia fin del año, Bonifacio concedió á los que tomaran la cruz contra los Colonna las mismas indulgencias que á los que marchaban á la Tierra Santa.

Los Colonna se sometieron en otoño de 1298. Pero el temor de la alianza del rey de Francia con los Colonna y los partidarios de Celestino no era la única ra-

zón de la actitud de Bonifacio. La guerra contra los aragoneses y los gibelinos de Sicilia, que se hacía á expensas de la Santa Sede, no se terminaba. En 1.º de octubre de 1298 el papa invitó al obispo de Vienne á pedir, de su parte, subsidios al clero de Francia: «De ello dependía, al decir de Bonifacio, el restablecimiento de la autoridad de la Iglesia en Sicilia, condición indispensable para la cruzada de ultramar.» En resumen, durante los últimos años del siglo XIII, la corte de Francia se impuso á Bonifacio, sea con amenazas de pactar con sus enemigos, sea con servicios pecuniarios; y el papa no tuvo oportunidad de darse, allende los Apeninos, los aires de amo irritado, que algún día debían costarle muy caros.

III.—Los orígenes de la segunda desavenencia. La ruptura

Felipe estaba en inteligencia con hombres á quienes Bonifacio odiaba. Los Colonna, vencidos, habían sido internados en Tivoli. Después que Bonifacio hubo hecho pasar la carreta sobre las ruinas de su quinta de Palestrina, «como los romanos hicieron antiguamente en Cartago,» huyeron y encontraron un asilo en el país de Narbona. En Alemania, Alberto de Austria había destronado á Adolfo de Nassau, rey reconocido por la Santa Sede. Ahora bien; Bonifacio supo con dolor que Felipe había tenido en Quatrevaux, cerca de Toul, en 8 de diciembre de 1299, una entrevista con el usurpador Alberto. El enviado del conde de Flandes en
1299 Roma oyó cómo el papa, al recibir la noticia de dicha entrevista, exclamaba en presencia de los cardenales: «Lo quieren conmovier todo;» y como, envaletonado por esa actitud, el enviado se aprovechase de la misma para quejarse del proceder de Felipe con respecto á los flamencos, «Sí, dijo el papa, veo bien que el rey pone en práctica malos consejos, y esto me pesa.»

Fué en esa época cuando Guillermo de Nogaret marchó por primera vez á Italia con una embajada francesa. El mismo Nogaret lo ha referido más tarde en una de sus Memorias: «Fuí enviado, dice, en 1300, para los asuntos del rey, á avistarme con Bonifacio, á fin de significarle, entre otras cosas, la amistad establecida entre dicho rey y el de Alemania, para el bien de la paz, de la Iglesia romana y de la expedición á ultramar.» Sería candoroso dar fe á las relaciones de Nogaret, tan fuertemente interesado en que las cosas ocurrieran tal como él las presenta. Sin embargo, dichas relaciones son instructivas. Al decir de su autor, Bonifacio se hubiera expresado con la mayor violencia contra la usurpación de Alberto de Austria. «No olvidó al rey de Francia, añade nuestro legista, y para espantarle le cubrió de injurias... Entonces yo, Guillermo de Nogaret, considerando su maldad y la situación afflictiva de las iglesias de Francia, devoradas por ese Bonifacio, le advertí particularmente que se enmendara; le hice saber lo que se decía de él y le supliqué con respeto que se interesara por su reputación, por dichas iglesias y por dicho reino. Pero él llamó testigos y en presencia de éstos me hizo repetir lo que había dicho. Después me preguntó: «¿Hablas así en nombre de tu amo ó en tu nombre?» Yo respondí: «En mi nombre, á causa de mi celo por la fe y de mi solicitud por las iglesias de las que es pa-

trono mi señor.» Y con esto, helo furibundo; amenaza, injuria, blasfema; y yo lo soporté todo con paciencia, en Cristo, cuyo celo me inspiraba; hasta seguí negociando con él, durante algunos días, los asuntos de que estábamos encargados mis compañeros y yo... Me acordé entonces de lo que había oído con frecuencia acerca de él; tuve el corazón traspasado por el oprobio que este hombre infligía al Cristo; lloré sobre la Iglesia de Roma, su esposa adúltera; lloré sobre la Iglesia de las Galias, que él se jactaba de destruir, y ciertamente que trabajaba en esta labor todos los días. De regreso al lado de mi señor el rey, le conté todas estas cosas y le insté á que defendiera, al mismo tiempo que las iglesias de su reino, la Iglesia romana, su madre. Pero él, como hijo piadoso, apartaba los ojos de esas vergüenzas...

Mientras que los consejeros más escuchados de Felipe alimentaban contra la Santa Sede esta hostilidad venenosa, Bonifacio, inconsciente del peligro, inauguraba el nuevo siglo con un magnífico jubileo, que llevaba á Italia una multitud de peregrinos. El infatigable anciano estaba entonces entregado á una exaltación singular, mantenida por los mismos que le rodeaban. Para halagarle, los delegados de Flandes le repetían en sus reclamaciones que le tenían por «el juez universal de las cosas, así espirituales como temporales;» que él era «el heredero de los derechos celestes y de los derechos terrestres del Cristo;» que podía juzgar y destituir al emperador, y con más fuerte razón al rey de Francia. Gil de Roma y Jaime de Viterbo componían tratados para justificar el derecho de intervención del Soberano Pontífice en los asuntos políticos. El cardenal Mateo de Acquasparta, patrono de los flamencos en la corte de Roma, predicando en San Juan de Letrán en 6 de enero de 1300,

1300 delante del papa y del Sacro Colegio, sostuvo expresamente la misma tesis. ¿Fue debido á estas excitaciones? Nunca Gaetani había sido tan obsesionado por quimeras, agresivo, grandilocuente y megalómano como en aquella época. Se dice que durante el jubileo se mostró revestido de las insignias del Imperio; que exclamó: «Yo soy César,» y que hizo llevar delante de él las dos espadas, símbolo de los dos poderes, mientras que un heraldo gritaba junto á él: *Ecce duo gladii!* Esta historieta simbólica que circuló entre los aficionados gibelinos de *fioretti* á la moda franciscana, fué recogida por el cronista Francisco Pippino; los modernos la han tomado por su cuenta y la han reproducido según Pippino, adornándola; pero es completamente legendaria. Lo positivo es que, uno tras otro, durante y después de las fiestas del jubileo, Bonifacio interpeló violentamente á varios príncipes: recordó á los electores del Imperio que la Santa Sede había antiguamente transferido el imperio de los griegos á Carlomagno; amenazó al rey de Nápoles con anatemas y «castigos más graves» si cesaba de combatir en Sicilia á los enemigos de la Iglesia; prohibió á los húngaros que se eligieran un rey. A los florentinos que habían maltratado á unos protegidos de la Santa Sede les escribía: «El Pontífice romano, Vicario del Todopoderoso, manda á los reyes y en los reinos; ejerce el principado sobre todos los hombres. A esta suprema jerarquía de la Iglesia militante, todos los fieles, de cualquier condición que sean, deben someter el cuello (*colla submittere*). Son locos, heréticos, los que piensan de otro modo.» Colé-

rico por naturaleza, parece que á partir del año 1300 Bonifacio se encontraba en un estado de exasperación que le hacía prorrumpir, á la menor resistencia, en afirmaciones teatrales y en chistes insultantes: «¿Quién es ese Lapo (Saltarelli), escribe al obispo y al inquisidor de Florencia, ese Lapo, *qui vere dicendus est lapis offensionis et petra scandali*, y que estalla contra nosotros en ladridos, como un perro, para arrebatarnos la plenitud del poder que nos ha sido dado por Dios?» El arzobispo Weichard de Polhaim refiere, en la continuación de los anales de Salzburgo, que habiendo sido un día los embajadores del rey de Alemania admitidos á besar su sandalia, pegó un puntapié á la cara de uno de ellos, el subprior de los dominicos de Estrasburgo, de tal suerte que manó la sangre. Era, pues, seguro que el papa, en tales disposiciones, chocaría de nuevo algún día con el rey de Francia.

Las ocasiones de conflicto no faltaban, según hemos visto. Y las quejas afluían á Roma contra Felipe: quejas de los flamencos, quejas de los clérigos á quienes el rey estrujaba inmoderadamente después que hubo ganado el pleito en el asunto de la bula *Clericis laicos*. Una letra pontificia de 18 de julio de 1300 (*Recordare, rex inclite*), dirigida á Felipe para la defensa de los derechos del obispo de Maguelona en Melgueil, es ya de carácter agrídulce: «Los agravios se acumulan, la benignidad es inútil, los errores no se corrigen... Mira que los consejos de aquellos que te engañan te conducen á tu pérdida. ¿Qué resultará de todo esto? Dios lo sabe.» Pero Bonifacio juzgó conveniente, en el ínterin, utilizar contra los enemigos de la Santa Sede en Toscana la espada de Carlos de Valois, hermano del rey. En 1.º de noviembre de 1301, los franceses de Carlos de Valois entraron, efectivamente, en Toscana, al **1301** servicio de Bonifacio (1). Así se explica que, á pesar de todo, las relaciones entre Francia y el papa continuaron siendo bastante buenas hasta fines del año 1301, en cual época se perdieron las amistades.

La ocasión de la ruptura fué, según se dice, el célebre proceso intentado contra Bernardo Saisset, obispo de Pamiers.

IV.—La cuestión de Bernardo Saisset (2)

Bernardo Saisset, antiguo abad de San Antonino de Pamiers, encargado por la Santa Sede de una misión diplomática en Aragón después de las Visperas Sicilianas, había estado en relaciones personales con Benito Gaetani. Bonifacio VIII había creado para él el nuevo obispado de Pamiers, en julio de 1295. Se ha pretendido á menudo, sin pruebas, que este personaje recibió de la corte de Roma, en 1300-1301, la orden de reclamar á Felipe el Hermoso la libertad del conde de Flandes (entonces prisionero en Francia), y que en aquella ocasión sostuvo públicamente la doctrina de la supremacía del Pontífice; de ahí la cólera de Felipe y la abertura de las hostilidades contra Bernardo y Bonifacio. Pero fué por otras razones, según parece, por las que en

(1) Libro II, cap. VII, párrafo segundo.

(2) *Histoire littéraire de la France*, XXVI, pág. 540. *Histoire générale de Languedoc*, IX, pág. 216. J. M. Vidal, *Documents sur les origines de la province ecclésiastique de Toulouse*, en los *Annales de Saint-Louis des Français*, V (1901).

aquel año de 1301 el rey dejó caer su mano contra el obispo de Pamiers.

Saisset, languedociano, no quería á los franceses y no trataba de ocultarlo; estaba en muy malas relaciones con sus vecinos, el obispo de Tolosa (porque el obispado de Pamiers se había formado á expensas del obispado de Tolosa) y el conde de Foix (contra el cual había sostenido recientemente un largo proceso). Víctima de odios locales, fué denunciado en París como culpable de haber tenido conversaciones injuriosas contra el honor del rey, y de haber intentado arrastrar á los condes de Foix y de Comminges á una conspiración con objeto de sustraer la comarca de Tolosa á la dominación de los franceses. Dos consejeros del rey, Ricardo Leneveu, archidiacono de Auge en la iglesia de Lisieux, y Juan de Picquigni, vidamo de Amiéns, que estaban entonces en el Languedoc con una misión general, informaron secretamente sobre la conducta del obispo durante el verano de 1301. De los extremos acerca de los cuales esos comisarios interrogaron á los testigos, se deduce muy claramente que el tiro no iba dirigido, en aquella fecha contra el amigo de Bonifacio, sino contra el patriota languedociano. Se acusaba á Bernardo Saisset de haber pronosticado la próxima ruina de la dinastía y del reino; de haber, durante la guerra con los ingleses, prometido al conde de Foix el señorío del Mediodía, entre los dos mares, si quería concertarse con Aragón y los descontentos del Languedoc; de haber dicho que Pamiers no estaba en Francia; de haber dicho del rey que «fabricaba moneda falsa» y que «era un bastardo.» Las declaraciones de los testigos—los obispos de Tolosa, de Beziers y de Maguelona, los condes de Foix y de Comminges, los servidores del conde de Foix y del acusado (algunos de los cuales fueron sometidos al tormento, etcétera)—contienen detalles interesantes. «Sí, declaró el conde de Foix, el obispo me dijo que el rey era un monedero falso, y añadió: «El papa lo dijo á Pedro Flote.» El prior de los dominicos de Pamiers, amigo de Bernardo, confiesa que le había oído decir: «San Luis creía que, bajo el reinado del presente rey, la Francia pasaría á manos de los extranjeros;» y como el prior le invitara, por prudencia, á callarse: «Lo diría á los mismos reyes,» le contestó. «No me preocupó de recordar las pláticas del obispo, añadió el prior, pero tenía algunas muy censurables sobre el rey y sus familiares; decía que el rey va á cazar y que haría mejor en estar presidiendo su Consejo; que no tiene buenos consejeros y que sus gentes no observan la justicia.» La información parece establecer que Bernardo Saisset decía también de buena gana, después de haber bebido (*post potum*): «Las gentes de este país no quieren al rey ni á los franceses, que no les han hecho más que daño. Con los franceses todo va bien al principio y todo acaba mal. No hay que fiar en ellos. El rey quiere engrandecerse por *fas* ó por *nefas*. La corte está corrompida y prostituída. Pedro Flote no hace nada sin que se le unte la pata. En el reino de los ciegos, los tuertos (1) son reyes. Esa moneda (hablando de la moneda del rey) no la quisieran en la corte de Roma,» etc. En resumen, la sumaria confirmó, como á pedir de boca, los extremos de la denuncia; sin embargo, de ella resultaban á cargo

(1) Lo mismo que Enrique de Vézelay, guardasellos de Felipe III, Pedro Flote era tuerto.

del obispo más extravíos de lenguaje y veleidades que actos positivos de traición. Con ello bastó, de todos modos, á los ojos de los comisarios, para justificar unas medidas algún tanto rudas.

El vidamo de Amiéns hizo cercar, en la noche del 12 de julio, el palacio episcopal de Pamiers; obligó al obispo á levantarse, le citó á comparecer delante del rey dentro el término de un mes; lo registró todo, y se llevó á Tolosa á los familiares de Bernardo, á quienes hizo aplicar el tormento. Se cogieron en los cofres del acusado «cartas secretas, escritas por el papa y los cardenales.» Las temporalidades del obispado fueron puestas bajo la guarda del rey. «Todas estas cosas, dice Bernardo en la exposición de sus agravios, han sido hechas por el vidamo á instigación de mi enemigo el obispo de Tolosa (Pedro de la Chapelle-Taillefer), que quiere privarme de ir á Roma y de que allí proponga nada contra él.»

El obispo de Pamiers fué llevado á Francia, libre, pero escoltado por el senescal de Tolosa, por el maestro de los ballesteros y por dos oficiales del rey, que pretendían tener la orden de dormir en su cuarto en las paradas del camino. En octubre de 1301 compareció en Senlis, delante del rey, en presencia de gran número de prelados, de condes, de barones, de caballeros y otras personas. Pedro Flote tomó la palabra. Su acusación es sobria, abrumadora; las declaraciones recogidas por los encargados de instruir el sumario están en ella hábilmente resumidas. Termina así: «Esos crímenes detestables serán juzgados por aquel á quien según ley corresponda; pero es preciso que el obispo sea provisionalmente encerrado, para evitar que se refugie en países que no estén sometidos á la obediencia de la Iglesia romana ó á la obediencia del rey.» En su consecuencia, se invitó al arzobispo de Narbona, metropolitano del Languedoc, á hacerse cargo de la persona del acusado.

El arzobispo de Narbona (Gil Aicelín, consejero del rey) obedeció, no sin repugnancia. En un extenso informe, escrito sin duda para la corte de Roma, trata de explicar su conducta. «El obispo, dice en substancia, le negaba todo. Respondí que el asunto era de importancia, y que después de haber deliberado acerca de él con los prelados del reino, después de haber tomado consejo del Soberano Pontífice, estaba pronto á hacer lo que debería hacer según Dios y la justicia, conforme á los santos cánones. En seguida los familiares del rey prorrumpieron en murmullos y en amenazas; grandes personajes decían al obispo: «No sé de qué depende que no te demos muerte en seguida.» Gracias á nuestras súplicas, el rey apaciguó esos furores, pero el acusado estaba en peligro; necesitaba protección; y así declaró él mismo que prefería estar puesto bajo la guarda de su arzobispo que no bajo la custodia de las gentes del rey...» El legado, obispo de Spoleto, y el arzobispo de Narbona hicieron también, algunos días después, un esfuerzo para obtener que Bernardo Saisset fuese autorizado «para trasladarse con un salvoconducto real cerca del Soberano Pontífice, su juez en semejante caso.» Pero en la corte empezaban á preocuparse seriamente de esas vacilaciones. Se hizo saber al metropolitano que parecía preferir la causa de un traidor á la causa del rey. Cedió. El conde de Artois había exclamado: «Si